

## ***A MODO DE CIERRE***

Una vez finalizado este II Curso de Cultura Contemporánea. “Pensar la contemporaneidad en tiempos de incertidumbre. Entre lo viejo que muere y lo nuevo que no nace”, desarrollado en el Museo de Navarra en octubre de 2020, ha llegado el momento de poner en orden las ideas que han emergido estos días y tratar de reunir las en una reflexión final. No es tarea fácil resumir todo lo que el curso nos ha dejado en un breve escrito, porque la calidad de todas las ponencias ha dejado muchas y muy buenas aportaciones. No obstante, trataremos de colocar algunos puntos sobre los que, a nuestro juicio, han configurado un interesante acercamiento a la idea de contemporaneidad. Sin ánimo de ser exhaustivos ni de agotar todo lo que podría decirse al respecto, este cierre sólo persigue que su contenido sea debatido, completado, ampliado, corroborado o refutado por ustedes, para así seguir pensando y aprendiendo en compañía.

### **Hemos constatado**

Este II Curso de Cultura Contemporánea nos ha permitido constatar varios de los supuestos que ya estaban inscritos en el espíritu de su génesis, cuando seleccionamos temas y ponentes, y cuando avanzamos el sentido que queríamos dar a nuestra reflexión sobre la contemporaneidad.

Teníamos la intuición y ahora la certeza, por ejemplo, de que **el presente no es un tiempo autónomo**. Con esto queremos decir que no es radicalmente diferente ni distinguible de aquel al que antecede y de que le sucede.

Ha sido esta una idea que las diferentes ponencias nos han permitido confirmar, al mostrarnos el **peso que tiene el pasado en la conformación de nuestro presente**. La idea de un pasado inscrito en nuestro presente es indiscutible si atendemos a la determinación biológica que heredamos y que tan claramente ha expuesto María Martinon-Torres. Pero puede observarse también en los hábitos y las inercias que se manifiestan en cosas tan determinantes para nuestra vida como las legislaciones por las que ordenamos nuestros comportamientos y nuestra relación con el mundo natural, tal y como nos han señalado con mucho acierto las ponencias de José F. Alenza y Alba Nogueira.

Ahora bien, del mismo modo que la contemporaneidad está conformada, en gran medida, por el tiempo que la antecede, hemos podido constatar que **es también el tiempo en el que se entrelazan los mimbres con los que se está elaborando nuestro futuro**. Es el tiempo en el que cada paso o decisión que tomamos afecta radicalmente a lo que será nuestra forma de vida y nuestra manera de relacionarnos, tanto colectivamente como con el medio que nos acoge.

Hemos constatado, también, que no es posible entender lo contemporáneo si no se aborda como **un espacio y un tiempo en el que las fronteras entre los saberes y las disciplinas se desdibujan**. Las ponencias del curso nos han mostrado que para entender

los fenómenos y situaciones que vivimos ya no sirven las tradicionales separaciones entre disciplinas y saberes. Nos han permitido comprobar que, para penetrar en el sentido de cualquier hecho humano o no humano, y para comprenderlo, es preciso mirarlo desde la interdisciplinaridad. Entender el mundo contemporáneo exige la acción interconectada de las diversas fuentes de conocimiento, una acción interdisciplinar o, incluso, transdisciplinar, porque lo que cada una de estas fuentes propone afecta, tiñe y se jaspea con lo que se propone desde otras.

## **Hemos aprendido**

El propósito de cualquier curso es ofrecer oportunidades para aprender y en eso, éste no ha fallado, aunque tampoco es fácil resumir todo lo que nos llevamos de lo que cada ponente nos ha aportado. Trataremos, no obstante, de situar algunos de los puntos que consideramos más relevantes para dar una idea de todo lo tratado.

Hemos aprendido, por ejemplo, que es necesario **ampliar la idea de cultura que manejamos tradicionalmente, sobre todo cuando se acompaña de la palabra contemporánea**. Algunos de los ponentes, como Fernando Broncano o Gustavo Ariel Schwartz, nos han mostrado con sus argumentos y sus excelentes ejemplos que es tiempo de ir aprendiendo a no separar ciencias y artes, porque ambas no son sino formas singulares de acercarnos y de representarnos eso que, con precauciones, podemos llamar lo real.

También lo ha hecho Alberto Santamaría, cuando nos ha propuesto una profunda y bien argumentada reflexión sobre los **cambios culturales que están afectando al sentido de palabras y conceptos**, como los de libertad, emoción, felicidad o creatividad, que ahora transitan desde el campo de las artes y la cultura para ponerlos al servicio de los negocios y la rentabilidad empresarial.

Ha quedado claro, no obstante, que la cultura no debe renunciar a **abrir sus espacios para no quedarse confinada en los estrechos márgenes de las artes y las letras**, donde la ubicó el viejo humanismo. Lo ha defendido, desde su doble atalaya de científico y poeta, Gustavo Ariel Schwartz, pero también lo han hecho José F. Alenza y Alba Nogueira, reclamando para el Derecho un espacio en ese tradicionalmente cerrado coto, y lo han hecho con toda justicia, porque pocas cosas hay que determinen más nuestras formas de vida que la legislación por la que esta se regula.

Hemos tenido oportunidad de aprender, igualmente, que **somos tanto producto de la biología, como de la cultura o la tecnología**. Tanto María Martín-Torres, al hablarnos de nuestros ancestros más lejanos, como Fernando Broncano, al acercarnos a la concepción del humano como Ciborg, de Donna Haraway, nos han dibujado la realidad de un ser humano en el que son muy imprecisas las fronteras entre lo natural y lo cultural, entre lo tecnológico y lo estrictamente biológico. Manuel G. Bedía, por su parte, ha aportado muchos datos y ejemplos para hacernos ver el papel que en la actualidad tienen la ingeniería informática y la inteligencia artificial en el diseño de nuestra forma de vida y en la conformación de lo que somos, de cómo nos relacionamos y nos comportamos.

El toque de atención sobre esta relación que mantenemos con la tecnología ha sido especialmente pertinente porque, como ha denunciado el propio Manuel G. Bedía, a veces no estamos siendo suficientemente conscientes de lo que supone dejar sólo en

manos de los expertos y de las grandes corporaciones, que se ocupan de estas disciplinas, las decisiones sobre la configuración del entorno natural, cultural y social en el que desenvolvemos y desarrollaremos nuestra vida.

El conjunto de ponentes ha compartido esta alerta y ha coincidido en la necesidad de implicarnos colectivamente y asumir nuestro compromiso con los cambios que afectan a nuestra vida. Podemos hacerlo, nos han dicho, a través del ejercicio de la responsabilidad personal, pero también empujando a nuestras instituciones en el diseño de dispositivos **de control público sobre la iniciativa privada**, para recuperar la capacidad colectiva de decisión sobre la conformación de nuestra forma de vida presente y futura, aprovechando para ello todo lo que pueda ofrecernos el saber experto.

Lo ha puesto sobre la mesa, desde el primer día, Alba Nogueira, al defender la alternativa de una economía circular apoyada por la acción colectiva, frente al poco espacio que la economía de mercado, basada en el crecimiento constante del consumo, nos deja para controlar la degradación del medio ambiente.

Al deterioro del medio natural. tan propio del mundo contemporáneo, se ha referido también María Martín-Torres, quien nos ha mostrado la necesidad de poner en marcha con urgencia **cambios radicales en nuestra relación como especie con el medio natural**. Algo para lo que son igualmente necesarias iniciativas, como aquellas a las que se ha referido José F. Alenza en su disertación sobre el papel del Derecho para la conformación de un espacio legislativo que nos ayude a gestionar de manera eficiente los retos de la preservación medioambiental.

Suena bien, pero no es fácil, nos han advertido varios ponentes, que han coincidido en señalar algunas de las dificultades que podemos encontrarnos para **garantizar la utilidad y eficacia de estos mecanismos de control**. Nos han mostrado, por ejemplo, que los modelos económicos vigentes, sustentados en el apoyo a la iniciativa privada y el libre comercio, chocan frontalmente con las propuestas de cambiar nuestra forma de vida para evitar el desastre medioambiental.

Hemos visto, también, que la implicación de **las instituciones y los mecanismos democráticos exigen procesos de participación que dificultan su capacidad de respuesta** a estos retos. Las garantías que requiere una respuesta colectiva y democrática, paradójicamente, suelen volverse en estos casos un escollo, cuando se trata de actuar con urgencia y eficacia. Lo que nos muestran los datos aportados en estos días, es que la tecnología y el mercado, que orientan y determinan nuestra forma de vida, van siempre por delante la legislación que la regula y de la capacidad de maniobra de la acción colectiva democráticamente organizada.

No obstante, **el curso nos ha mostrado que hay esperanza** y cada ponente, desde su lugar, ha señalado la senda por la que esta podría hacerse efectiva.

**Preservar la diversidad y la creatividad, vivirlas como riqueza colectiva**, ha sido una de las claves que, aplicada tanto al medio natural como al medio social y cultural, se han propuesto como fundamento sobre el que reorientar nuestro futuro hacia formas de vida sostenibles.

Manuel G. Bedía, nos ha presentado iniciativas del campo de la ingeniería informática sustentadas en promover la diversidad de ideas e iniciativas, que pueden surgir de un uso no espurio de la creatividad colectiva, diferente al que se propone desde las grandes corporaciones.

Alberto Santamaría, en su ponencia, nos ha animado a no dejarnos llevar por los cantos del mercado que equiparan la felicidad con el poseer más, para hacernos cargo de la riqueza intrínsecas de nuestro mundo emocional. Nos ha alentado a poner nuestra capacidad creativa al servicio de una mejor vida colectiva, frente a quienes sólo la ven como una forma de aumentar beneficios particulares.

Esta idea de **rescatar el valor del pensamiento y la acción colectiva frente al individualismo** que marca de manera notable el mundo actual es otra de las claves sobre las que varias ponencias han sustentado sus propuestas para intervenir activamente en la conformación de nuestra vida presente y futura.

Alba Nogueira lo ha enfocado desde la economía circular, de modo que la acción colectiva se muestre también a través del valor de **compartir para desacelerar el crecer desordenado**. Mientras que Manuel G. Bedía lo hecho reclamando la necesidad de **desdibujar de manera efectiva los límites entre quien crea y quien usa** o consume, para dar paso así a una nueva manera de articular el pensamiento colectivo en el que tengan espacio tanto quienes ostentan el saber experto como el resto de la ciudadanía.

El empleo de nuestra fuerza colectiva y social también ha sido también valorado por María Martín-Torres, como la mejor manera de **preservar la biodiversidad frente al impulso por la homogeneidad**, porque es la única garantía que tenemos de pervivencia como especie. Al fin y al cabo, nos ha propuesto, sería volver a confluir con la tendencia de la naturaleza a la diversificación, abandonando la tendencia de nuestra especie a ir mermando, cada vez más rápidamente, el rico legado que el mundo natural no ha ofrecido en milenios de evolución.

Para ello resulta imprescindible **revisar nuestras formas actuales de desarrollo, haciéndolo sostenible** porque, como nos han mostrado José F. Alenza y Alba Nogueira no es posible separar el mercado de la preservación del medio ambiente o de los equilibrios sociales. El tiempo que vivimos deja bien patente la relación de interdependencia entre ellas. Todo forma parte de lo mismo y cada decisión en uno de los campos de acción determina ineludiblemente al resto.

Pero repensar el desarrollo y hacerlo sostenible pasa por **repensar el sentido que damos a nuestra vida**, nos ha advertido Alberto Santamaría. No es lo mismo plantear nuestro proyecto vital como el de una empresa a la que hay que sacar rédito, por encima de todo, tal y como promulga la economía neoliberal, que concebirlo como un proyecto solidario y ético, consciente de que nuestras acciones también afectan a los demás,

En un curso de cultura contemporánea no podían faltar alusiones al relato y a la importancia que hoy tiene en la configuración de nuestro yo y nuestro mundo. A este respecto, como nos han propuesto Gustavo Ariel Schwartz y Fernando Broncano, **producir diferentes formas de representar y representarnos** debe ser también el resultado de un desaprender. En este caso de deshacerse de viejos paradigmas como los que remiten a la ya insostenible separación radical entre ciencias y artes. Una escisión artificial del conocimiento humano sobre la que, para colmo, se ha construido la no menos artificial distinción entre lo objetivo y lo subjetivo. Ambos ponentes nos han mostrado que llegar hasta el último detalle y buscar la máxima precisión en la descripción de eso que podemos denominar la realidad no es atributo exclusivo de la ciencia. Desde la doble mirada de su pensamiento nos han enseñado que por sí mismas, ni las ciencias ni las artes pueden dar cuenta de la complejidad de lo que nos rodea. En sintonía con la constante alusión al valor de lo colectivo como conformador de nuestra

esencia, nos han dejado claro que este conocimiento que damos por objetivo no es otra cosa y sólo es posible como saber socialmente aceptado.

Complejidad, diversidad, creatividad y pensamiento colectivos, acción común y términos similares marcan, en general, el tipo de conceptos que a juicio de nuestros y nuestras ponentes conforman la peculiaridad de la contemporaneidad y del tipo de ser humano que la habita. Frente a las posiciones que proclaman el fin del humanismo clásico y el advenimiento de un posthumanismo o transhumanismo, Fernando Broncano nos ha propuesto **pensar en un (post) humanismo del devenir mestizo**. Un humanismo que él califica como “humanismo a la baja” porque, lejos de colocar a la especie humana en la cúspide de la creación, la ubica en una relación de hermanamiento con el resto del mundo natural y con sus propias producciones. Se trata de un humanismo, nos ha dicho, en el que nos aceptemos como máquinas, en el que nos aceptemos como seres del mundo natural ni más ni menos, solidarios con toda forma de vida, como propone María Martín-Torres. Un humanismo en el que nos aceptemos como seres que no van por la vida con el objetivo de triunfar —como nos promete el liberalismo económico al que ha aludido Alberto Santamaría—, sino como perpetuos caminantes que nos vamos construyendo con cada paso que damos. Un (post) humanismo en el que la dignidad humana no sea algo que viene de cuna, sino algo que se logra a través de la solidaridad.

En definitiva, en este curso hemos aprendido que no es necesario que muera el pasado para dar cuenta de nuestro presente, sino que es mejor incorporarlo para alumbrar un mejor futuro. Hemos aprendido que, en buena medida, esto puede estar en nuestra mano si somos capaces de recurrir, indistintamente, tanto a las ciencias como a las artes, de asumir la responsabilidad individual sin dejar de lado la acción colectiva. Si está en nuestras manos no es una utopía, es posible, nos ha animado María.

Imanol Aguirre Arriaga

Director del II Curso de Cultura Contemporánea

En Pamplona, a 17 de octubre de 2020